



ANÁLISIS DEL TEXTO

1. Siguiendo la descripción del texto, dibuja los planos de la iglesia románica descrita, y etiqueta las partes en castellano e inglés.
2. ¿Qué innovaciones aporta el gótico, y qué se consigue con ellas, según el texto?
3. Qué principal diferencia resalta el narrador entre una iglesia románica y una gótica. ¿Por qué crees que el estilo gótico causaba tanto impacto?

PARTE 1: ROMÁNICO

SEGUNDA PARTE (1136 – 1137)

CAPÍTULO CINCO

1

Desde que Ellen se fue, los domingos transcurrían muy tranquilos en la casa de invitados. Alfred jugaba a pelota con los muchachos de la aldea en la pradera del otro lado del río. Martha, que echaba de menos a Jack, se distraía recogiendo verduras y haciendo potaje o vistiendo a una muñeca. Tom trabajaba en su proyecto de catedral. En una o dos ocasiones había insinuado a Philip que debería pensar qué tipo de iglesia quería construir, pero éste no se había dado cuenta o había preferido ignorar la insinuación. Tenía un montón de cosas en la cabeza. Pero Tom apenas pensaba en otra cosa, especialmente los domingos.

Le gustaba sentarse en la casa de invitados, justo al lado de la puerta, y contemplar a través del césped la catedral en ruinas. A veces hacía diseños sobre una plancha de pizarra, pero la mayor parte del trabajo bullía en su cabeza. Sabía que para la mayoría de la gente resultaba difícil visualizar objetos sólidos y espacios complejos, pero a él siempre le había sido fácil.

Y un domingo, unos dos meses después de la partida de Ellen, se sintió preparado para empezar a dibujar.

Hizo una alfombrilla de juncos tejidos y ramitas flexibles de unos tres pies por dos, y luego unos limpios laterales de madera para que la alfombrilla tuviera los bordes levantados como una bandeja. A renglón seguido quemó algo de tiza a modo de cal, lo mezcló con una pequeña cantidad de fuerte argamasa, y llenó la bandeja con la mezcla. Al empezar a endurecerse, trazó líneas sobre ella con una aguja. Para las líneas rectas utilizó la regla, el cartabón para los ángulos rectos y los compases para las curvas. Haría tres dibujos. Una sección para explicar cómo estaba construida la iglesia, un alzado para ilustrar sus hermosas proporciones y un plano de planta para señalar el emplazamiento. Empezó con la sección.

Era muy sencilla. Dibujó una arcada alta, con la parte superior plana. Ésa era la nave vista desde el fondo. Había de tener un techo de madera plano como el de la vieja iglesia. Tom hubiera preferido sobre todo construir una bóveda curvada de piedra, pero sabía que Philip no podía permitírselo. Sobre

la nave dibujó un tejado triangular. La anchura de la construcción estaba determinada por la del tejado, que a su vez estaba limitado por la manera en que pudiera disponerse. Resultaba difícil encontrar vigas más largas de treinta y cinco pies, y además, eran extraordinariamente costosas. Tan valiosa era la madera buena que con frecuencia el propietario de un buen árbol lo talaba y vendía incluso antes de que alcanzara esa altura. La nave de la catedral de Tom tendría probablemente treinta y dos pies de anchura o el doble de la longitud de su *pole*³ de hierro.

La nave que había dibujado era alta, de una altura increíble. Pero una catedral había de ser una construcción dramática, deslumbrante por su tamaño, obligando a mirar al cielo por su altura. Si la gente acudía a las catedrales se debía en parte a que eran los edificios más grandes del mundo. Un hombre que jamás hubiese ido a una catedral pasaría por la vida sin haber visto un edificio mucho mayor que la cabaña en la que vivía.

Por desgracia el edificio dibujado por Tom se derrumbaría. El peso de la chapa y la madera del tejado resultaría excesivo para los muros, que se combarían derrumbándose. Tenían que ser apuntalados.

A tal fin, Tom dibujó dos arcadas con la parte superior curvada, a media altura de la nave, una a cada lado. Eran las naves laterales. Tendrían techos curvados en piedra. Como las naves laterales eran más bajas y estrechas, no sería tan grande el gasto de bóvedas en piedra. Cada una de las naves laterales tendría un tejado colgadizo en declive.

Las naves laterales, unidas a la central por sus bóvedas de piedra, aportaban un cierto apoyo, pero no alcanzaban la altura suficiente. Tom construiría, a intervalos, soportes adicionales en el espacio del tejado de las naves laterales, encima del techo abovedado y debajo del tejado colgadizo. Dibujó uno de ellos, un arco de piedra elevándose desde la parte superior del muro de la nave lateral y cruzando hasta el muro de la nave central. En el punto en que el soporte descansaba sobre el muro de la nave lateral, Tom lo reforzó con un macizo contrafuerte sobresaliendo del lateral de la iglesia. Puso una torrecilla encima del contrafuerte para añadirle peso y darle un aspecto más atractivo.

No se podía tener una iglesia asombrosamente alta sin los elementos que consolidaran las naves laterales, soportes y refuerzos. Pero tal vez resultara difícil explicárselo a un monje, por lo que Tom había dibujado el diseño para ayudar a aclararlo.

³ Medida de superficie equivalente a 5,029 m.

Dibujó también los cimientos, profundizando en el suelo debajo de los muros. Los legos en la materia siempre se asombraban de lo hondo que llegaban los cimientos.

Era un dibujo sencillo, demasiado para ser de gran utilidad a los constructores, pero bastaría para enseñárselo al prior Philip. Tom quería que comprendiera lo que se le estaba proponiendo, que visualizara el edificio y que se sintiera atraído por él. Resultaba difícil imaginarse una iglesia grande y sólida cuando a uno sólo le enseñaban unas cuantas líneas garrapateadas sobre escayola. Philip necesitaría toda la ayuda que Tom pudiera prestarle.

Los muros que había dibujado parecían sólidos vistos desde el extremo, pero no lo serían. Entonces Tom empezó a dibujar la vista lateral del muro de la nave, tal como podría verse desde el interior de la iglesia. Estaba perforado a tres niveles. La mitad del fondo apenas era un muro; se trataba sencillamente de una hilera de columnas con las cabezas unidas por arcos circulares; se las llamaba "la arcada". A través de los huecos de ésta podían verse las ventanas de las naves laterales, con la parte superior redondeada. Las ventanas habían de coincidir exactamente con los huecos de tal manera que la luz exterior penetrara sin impedimentos hasta la nave central. Las columnas entre ellos coincidirían con los contrafuertes de los muros exteriores.

Sobre cada arco de la arcada había una hilera de tres arcos pequeños formando la galería de la tribuna. A través de ellos no llegaba luz alguna porque detrás se encontraba el tejado colgadizo del costado de la nave lateral. Encima de la galería estaba el triforio, llamado así porque en él se habían abierto ventanas que iluminaban la mitad superior de la nave.

Cuando fue construida la vieja catedral de Kingsbridge, los albañiles habían confiado en la construcción de gruesos muros para mayor refuerzo, abriendo con timidez ventanas pequeñas que apenas dejaban entrar la luz. Los constructores modernos estaban convencidos de que un edificio sería lo bastante fuerte si sus muros fueran rectos y aplomados.

Tom diseñó los tres niveles del muro de la nave -arcada, galería y triforio- exactamente en proporciones 3:1:2. La arcada era la mitad de alta que el muro y la galería un tercio del resto. En una iglesia la proporción lo era todo. Daba una sensación subliminal de grandeza a toda la construcción. Al observar el dibujo ya acabado, Tom se dijo que era perfectamente airoso. Pero ¿lo creería así Philip? Tom podía ver las filas de arcos sucediéndose a lo largo de la iglesia, con sus molduras y tallas iluminadas por el sol de la tarde. Pero ¿vería lo mismo Philip?

Empezó su tercer dibujo. Se trataba del plano de la planta baja de la iglesia. Imaginó doce arcos en la arcada. Por lo tanto, la iglesia quedaba

dividida en doce secciones llamadas intercolumnios. La nave tendría una longitud de seis intercolumnios, y el presbiterio, de cuatro. Entre ambos, ocupando el espacio de los intercolumnios séptimo y octavo, estaría el crucero, con los brazos del transepto destacándose a cada lado y la torre alzándose encima.

Todas las catedrales y casi todas las iglesias tenían forma de cruz. Claro que la cruz era el símbolo único y más importante de la Cristiandad, pero también había una razón práctica. Los transeptos aportaban espacio utilizable para otras capillas y otras dependencias como la sacristía.

Cuando hubo dibujado un plano sencillo de la planta baja, Tom volvió sobre el dibujo central, que mostraba el interior de la iglesia visto desde el extremo occidental. Dibujó entonces la torre alzándose por encima y detrás de la nave.

La torre debería tener una vez y media la altura de la nave o duplicarla. La primera daría al edificio un perfil atractivo por su regularidad, con las naves laterales, la nave central y la torre alzándose en proporción escalonada: 1:2:3. La torre más alta resultaría más impresionante, porque la nave sería el doble de las naves laterales y la torre el doble de la nave central, siendo entonces las proporciones de 1:2:4. Tom había elegido esta última, ya que sería la única catedral que construiría en su vida y quería que tratara de alcanzar el cielo. Esperaba que Philip pensara igual.

Claro que si Philip aceptaba el proyecto Tom habría de dibujarlo de nuevo, con más cuidado y a escala exacta. Habría de hacer muchos más dibujos, centenares de ellos. Plintos, columnas, capiteles, ménsulas, marcos de puerta, torrecillas, escaleras, gárgolas y otros incontables detalles. Tom estaría dibujando durante años. Pero lo que tenía delante era la esencia del edificio, y era bueno: sencillo, económico, airoso y perfectamente proporcionado.

Se sentía impaciente por enseñárselo a alguien.

Había pensado dejar que la argamasa se endureciera y luego buscar el momento adecuado para llevársela al prior Philip, pero ahora que ya estaba hecho quería que Philip lo viera en seguida. ¿Pensaría Philip que era un presuntuoso? El prior no le había pedido que preparara un dibujo. Tal vez pensara en otro maestro arquitecto, en alguien del que supiera que había trabajado en otros monasterios y hubiera hecho un buen trabajo. Quizás considerara absurdas las aspiraciones de Tom.

Pero por otra parte, si Tom no le mostraba algo, Philip podía llegar a la conclusión de que era incapaz de dibujar y tal vez contratara a otro sin considerar siquiera a Tom. Pero no estaba dispuesto a arriesgarse. Prefería sin duda que le considerasen presuntuoso.

PARTE 2: GÓTICO

apartado 1

sólo había una manera de construir una iglesia. Muros gruesos con arcos redondos y ventanas pequeñas, todo ello cubierto por un techo de madera o una bóveda de piedra en forma de cañón. Las catedrales que vi durante mi camino desde Kingsbridge a Southampton no me hicieron pensar lo contrario. Pero Normandía cambió mi vida.

—Puedo imaginarlo —dijo Raschid somnoliento.

No estaba demasiado interesado, así que Jack evocó aquellos días en silencio. Horas después de desembarcar en Honfleur, estaba contemplando la iglesia abadía de Jumièges. Era la iglesia más alta que jamás había visto. Pero por lo demás, tenía los habituales arcos redondeados y el techo de madera... salvo en la sala capitular, donde el abad Urso había construido un revolucionario techo de piedra. En lugar de un cañón liso y continuo o una bóveda con la arista de encuentro, aquel techo tenía nervaduras que emergían de la parte superior de las columnas y se encontraban en el fastigio del tejado.

Las nervaduras eran gruesas y fuertes y las secciones triangulares del techo delgadas y ligeras. El monje conservador de la obra había explicado a Jack que, de esa manera, resultaba más fácil de construir.

Se colocaban las nervaduras primero y entonces se hacía más sencillo poner las secciones entre ellas. Ese tipo de bóveda era asimismo más ligero. El monje había esperado tener noticias por Jack de las innovaciones técnicas en Inglaterra; pero éste hubo de desengañarle.

Sin embargo al monje le agradó la evidente apreciación de Jack de las bóvedas con nervaduras y le dijo que, en Lessay, no lejos de allí, había una iglesia en la que todas las bóvedas eran con nervaduras.

Al día siguiente, Jack se fue a Lessay y pasó toda la tarde en la iglesia contemplando extasiado la bóveda. Llegó a la conclusión de que lo más asombroso de todo era la manera en que las nervaduras, descendiendo desde el fastigio de la bóveda hasta los capiteles que coronaban las columnas, parecían expresar la forma en que los elementos más fuertes sostenían el peso del tejado. Las nervaduras hacían patente la lógica de la obra.

Jack viajó en dirección sur, hacia el Condado de Anjou y encontró trabajo para hacer reparaciones en la iglesia abadía de Tours. No tuvo dificultad alguna en convencer al maestro de obras para que le diera ocupación. Las herramientas que llevaba consigo demostraban que era albañil y, al cabo de un día de trabajo, el maestro quedó convencido de que era muy bueno. Su jactancia ante Aliena de que podía encontrar trabajo en cualquier parte del mundo no fue del todo vana.

Entre las herramientas que heredó de Tom, estaba la regla de codo. Sólo las tenían los maestros de obras y, cuando los demás descubrieron que Jack

poseía una, quisieron saber cómo había llegado a maestro tan joven. Su primer impulso fue confesarles que, en realidad, no era maestro de obras, pero luego decidió decir que lo era. Después de todo, había dirigido efectivamente en el enclave de Kingsbridge, en su época de monje, y era capaz de dibujar planos lo mismo que Tom. Pero al maestro para el que estaba trabajando le fastidió descubrir que había contratado a un posible rival. Cierta día, Jack sugirió una modificación al monje encargado de la obra y dibujó sobre el suelo lo que quería decir. Allí comenzaron sus dificultades. El maestro de obras quedó convencido de que Jack intentaba quitarle el puesto. Empezó a encontrar defectos a su trabajo y lo dedicó a la monótona tarea de cortar bloques lisos.

Pronto se puso de nuevo en marcha. Se dirigió a la abadía de Cluny, el núcleo central de un imperio monástico que se extendía por toda la cristiandad. Era la orden cluniacense la iniciadora e impulsora del ya famoso peregrinaje a la tumba de Santiago en Compostela.

A lo largo de la ruta jacobea, había iglesias dedicadas a San Yago y monasterios cluniacenses que se ocupaban de los peregrinos. Como el padre de Jack había sido juglar en la vía de peregrinos, parecía posible que hubiera visitado Cluny. Sin embargo no había sido así. En Cluny no había juglares. Allí Jack no averiguó nada sobre su padre.

Sin embargo, aquel viaje no había resultado en modo alguno inútil. Cada uno de los arcos que Jack había visto siempre antes de entrar en la iglesia abadía de Cluny, habían sido semicirculares. Y cada una de las bóvedas tenían la forma de cañón, semejante a una larga línea de arcos, todos unidos entre sí, o formando aristas como en el cruce donde se encuentran dos túneles. Los arcos de Cluny no eran de medio punto.

Se alargaban hasta acabar en punta.

En las principales arcadas, había arcos apuntados, la bóveda aristada de las naves laterales tenía también arcos en ojiva y, lo más asombroso de todo, sobre la nave había un techo de piedra que sólo podía describirse como una bóveda de cañón ojival. A Jack siempre le habían enseñado que un círculo era fuerte por ser perfecto y que un arco redondeado era fuerte porque formaba parte de un círculo. Hubiera pensado que los arcos en punta eran flojos. Por el contrario, los monjes le habían dicho que esos arcos eran mucho más fuertes que los antiguos redondos. Y la iglesia de Cluny parecía demostrarlo, ya que era muy alta, a pesar del gran peso del trabajo en piedra sobre su bóveda apuntada.

Jack no permaneció por mucho tiempo en Cluny. Siguió viaje hacia el sur por la ruta de peregrinos, apartándose de ella siempre que le parecía. A principios de verano, había trovadores a todo lo largo del recorrido, en las

ciudades más grandes o cerca de los monasterios cluniacenses. Recitaban sus narraciones en verso ante una multitud de peregrinos delante de las iglesias o de las capillas, en ocasiones acompañándose de una mandolina, tal como Aliena le había dicho. Jack se acercó a cada uno de ellos para preguntarle si había conocido a un trovador llamado Jack Shareburg. Todos le respondieron negativamente.

Seguían asombrándole las iglesias que iba viendo en su caminar por el suroeste de Francia y el norte de España. Eran mucho más altas que las catedrales inglesas. Algunas de ellas tenían bóvedas de cañón fileteadas. El fileteado, pasando de pilón a pilón a través de la bóveda de la iglesia, posibilitaba la construcción por etapas, un intercolumnio tras otro, en lugar de todos a la vez. Y también cambiaban el aspecto de un templo. Al acentuar las divisiones entre intercolumnios, quedaba patente que la construcción estaba formada por series de unidades idénticas, semejante a una hogaza bien cortada, y ello imponía orden y lógica en el inmenso espacio interior.

Llegó a Compostela mediado el verano. Ignoraba que hubiera lugares en el mundo en los que hiciera tanto calor. Santiago era otra de aquellas iglesias altas que te dejaban sin respiración. Su nave, todavía en construcción, tenía también una bóveda fileteada de cañón. Desde allí bajó más hacia el sur.

Hasta una época reciente, los reinos de España habían estado bajo el dominio de los sarracenos. En realidad, la mayor parte del país al sur de Toledo aún seguía estando dominada por los musulmanes. Jack se sentía fascinado por el aspecto de las construcciones sarracenas. Su interior alto y fresco, sus arcadas, su piedra labrada, de un blanco cegador bajo el sol. Pero lo más interesante fue el descubrimiento de que, en la arquitectura musulmana, se utilizaba la bóveda de nervios y los arcos apuntados. Tal vez fuera de ellos de quienes tomaron los franceses sus nuevas ideas.

Jamás podría trabajar en otra iglesia como lo había hecho en la catedral de Kingsbridge, se dijo mientras, en aquella calurosa tarde española, se hallaba sentado escuchando vagamente las risas de las mujeres en alguna parte de la gran casa, remanso de frescor. Todavía seguía queriendo construir la catedral más hermosa del mundo, pero no sería una construcción maciza y sólida, semejante a una fortaleza.

Quería poner en práctica las técnicas nuevas, la bóveda de nervios y los arcos ojivales. Sin embargo, se dijo que no las utilizaría como se había hecho hasta entonces. En ninguna de las iglesias que había visto, se habían agotado sus posibilidades. Dentro de su mente, empezaba a tomar forma la imagen de una iglesia. Los detalles eran todavía difusos pero la sensación del conjunto estaba perfectamente delineada. Era una construcción espaciosa, aireada, con

la luz del sol derramándose a través de sus grandes ventanas y una bóveda arqueada tan alta que pareciese alcanzar el cielo.

—Josef y Raya necesitarán una casa —dijo de pronto Raschid—. Si la construyeras tú, luego vendrían otras.

Aquello sobresaltó a Jack. Jamás había pensado en construir casas.

—¿Crees que quieren que les construya su casa? —preguntó.

—Es posible.

Se hizo otro largo silencio durante el que Jack consideró la vida como constructor de casas para los mercaderes acaudalados de Toledo.

Raschid pareció despabilarse por completo. Se incorporó y abrió bien los ojos.

—Me gustas, Jack —dijo—. Eres un hombre honrado y vale la pena hablar contigo, que es más de lo que se puede decir de la mayoría de la gente que conozco. Confío en que siempre seremos amigos.

—Yo también —declaró Jack, sorprendido en cierto modo ante aquel inesperado tributo.

—Soy cristiano, así que no tengo a mis mujeres recluidas, como hacen algunos de mis hermanos musulmanes. Por otra parte, soy árabe, lo que significa que tampoco les doy del todo la... perdóname, la libertad inmoderada a que están acostumbradas otras mujeres. Les permito reunirse y hablar en la casa con invitados masculinos. Incluso que hagan amistad. Pero, llegado el punto en que la amistad empieza a convertirse en algo más, como es tan natural que ocurra entre gente joven, entonces espero del hombre que actúe con seriedad. Otra cosa sería un insulto.

—Desde luego —asintió Jack.

—Sabía que lo comprenderías. —Raschid se levantó y puso una mano afectuosa sobre el hombro de Jack—. Nunca he tenido la bendición de un hijo. Pero, si me hubiese sido dado un varón, creo que sería como tú.

—Espero que más moreno —replicó impulsivo Jack.

Por un instante, Raschid se le quedó mirando desconcertado. Luego, estalló en una risa estrepitosa, que sobresaltó a los demás invitados que se encontraban en el patio.

—¡Más moreno!

Entró en la casa todavía riendo a carcajada limpia.

Los invitados de mayor edad empezaron a despedirse. Jack se sentó solo, reflexionando sobre lo que se le había dicho mientras refrescaba con la caída de la tarde. De lo que no cabía duda era de que le estaban proponiendo un trato. Si se casaba con Aysha, Raschid lo lanzaría como constructor de casas de la gente adinerada de Toledo. Aunque también había una advertencia. Si no tienes la intención de casarte con ella, mantente alejado.

apartado 2

Se abrió camino entre la multitud y empezó a andar por la enfangada calle que conducía a la ciudad de Saint-Denis.

Cuando todavía estaba en España, oyó hablar a un albañil viajero del abad Suger y de la nueva iglesia que estaba construyendo en Saint-Denis. Aquella primavera, mientras se dirigía hacia el norte, a través de Francia, trabajando de cuando en cuando siempre que necesitaba dinero, oyó con frecuencia mencionar a Saint-Denis. Al parecer, los constructores estaban utilizando ambas técnicas nuevas, la bóveda de nervios y los arcos ojivales, y la combinación resultaba asombrosa.

Cabalgó durante más de una hora a través de campos y viñedos. El pavimento no estaba empedrado pero tenía mojones. Dejó atrás la colina de Montmartre, con un templo romano en ruinas en la cima, y atravesó la aldea de Clignancourt. Recorridas tres millas, llegó a la pequeña ciudad amurallada de Saint-Denis.

Denis había sido el primer obispo de París. Fue decapitado en Montmartre, y luego siguió caminando, con la cabeza cortada entre las manos, a través del campo, hasta aquel sitio, donde al final cayó.

Lo enterró una mujer devota y después se erigió un monasterio sobre su tumba. La iglesia se convirtió en lugar de enterramiento de los reyes de Francia. Suger, el obispo actual, era un hombre poderoso y con mucha ambición que había reformado el monasterio, y empezaba ya a modernizar la iglesia.

Jack entró en la ciudad. Detuvo su caballo en el centro de la plaza del mercado para contemplar la fachada oriental de la iglesia. Allí no se veía nada revolucionario. Era una fachada al estilo antiguo, con dos torres gemelas y tres entradas de arcos redondeados. Le gustó bastante la forma atrevida en que los estribos se proyectaban del muro, pero no había cabalgado cinco millas para ver aquello.

Ató su caballo a una baranda que había frente a la iglesia y se acercó más. Lo esculpido alrededor de los tres portales era muy bueno. Temas rebosantes de vida cincelados con suprema exactitud.

Jack entró en la iglesia.

En el interior, se producía un cambio inmediato. Antes de la nave propiamente dicha había una entrada baja o nartex. Al mirar hacia el techo, no pudo evitar sentirse excitado. Allí los constructores habían recurrido a una combinación de bóveda de nervios y arcos ojivales.

Se dio cuenta de inmediato que ambas técnicas se emparejaban a la perfección. La gracia de los arcos ojivales se acentuaba con los nervios que seguían su línea.

Pero aún había más. Entre los nervios, aquel constructor había colocado piedras como en un muro en lugar de la usual maraña de argamasa y mampuesto. Jack comprendió que, al ser más fuerte la capa de piedras, podía ser más delgada y por lo tanto más ligera.

Mientras miraba hacia arriba ladeando el cuello hasta dolerle, descubrió que aquella combinación presentaba otro rasgo notable. Podía hacerse que dos arcos ojivales de anchos diferentes adquirieran la misma altura sólo con ajustar la curva del arco, lo cual daba al intercolumnio un aspecto más natural, en tanto que eso no era posible con arcos. La altura de un arco de medio punto era siempre la mitad de su ancho, de manera que un arco ancho había de ser más alto que otro estrecho. Eso significaba que, en un intercolumnio rectangular, los arcos estrechos habían de irrumpir desde un punto más alto del muro que los anchos, a fin de que, en la parte superior todos quedaran al mismo nivel y el techo resultara uniforme. El resultado siempre había sido sesgado. Ahora ya estaba solucionado ese problema.

Jack bajó la cabeza para dar un descanso a su cuello. Se sentía tan jubiloso como si le hubieran coronado rey. Así es como construiré mi catedral, se dijo.

Dirigió la mirada al cuerpo central de la iglesia. La nave propiamente dicha era a todas luces muy vieja, pero relativamente larga y ancha. Había sido edificada hacía muchísimos años, por un constructor diferente del actual y era convencional por completo. Pero luego, en la crujía, parecía como si hubiera escalones hacia abajo, que sin duda conducían a la cripta y a las sepulturas reales, mientras que otros se dirigían hacia arriba, hacia el presbiterio. Daba la impresión de que éste se hallara flotando un poco, a cierta distancia del suelo. Desde el ángulo en que él estaba, la estructura quedaba oscurecida por la deslumbrante luz del sol que entraba por las ventanas del ala este, hasta el punto de que Jack pensó que los muros no estarían terminados y que el sol entraría por los huecos. Cuando Jack salió de la nave al crucero, vio que el sol entraba a través de hileras de ventanas altas, algunas con vidrieras de colores y los rayos del sol parecía inundar toda la inmensa estructura de la iglesia con luz y calor. Jack no alcanzaba a comprender cómo se las habían arreglado para disponer de un espacio tan grande de ventanas. Parecía haber más ventanas que muro. Estaba maravillado. ¿Cómo habían logrado hacerlo de no ser por magia?

Mientras subía los peldaños que conducían al presbiterio, sintió un estremecimiento de temor supersticioso. Se detuvo al final de ellos y atisbó en la confusión de haces de luces de colores y de piedras que tenía ante sí. Poco a poco, fue abriéndose paso la idea de haber visto ya algo semejante. Pero en su imaginación. Ésa era la iglesia que había soñado construir, con sus

amplias ventanas y onduladas bóvedas, una estructura de luz y aire que semejara mantenerse por arte de encantamiento.

Un instante después, lo vio desde un prisma diferente. De repente todo encajó y, en un destello de revelación, Jack vio lo que habían hecho el abad Suger y su constructor.

El principio de la bóveda de nervios consistía en hacer un techo con algunas nervaduras fuertes, rellenando con material los huecos entre ellas. Habían aplicado ese principio a toda la construcción. El muro del presbiterio consistía en algunos pilares fuertes unidos por ventanas. La arcada que separaba el presbiterio de sus naves laterales no era un muro sino una hilera de pilares unidos por arcos ojivales, dejando amplios espacios a través de los que la luz de las ventanas podía penetrar hasta el centro de la iglesia. La propia nave se hallaba dividida en dos por una hilera de columnas.

Allí se habían combinado arcos ojivales y bóvedas de nervio al igual que en el nartex. Pero ahora ya se hacía evidente que éste había sido un cauteloso ensayo de la nueva técnica. En comparación con lo que tenía delante el nartex era más bien recio, con sus nervios y molduras demasiado pesados y sus arcos en exceso pequeños. Aquí todo era delgado, ligero, delicado y airoso. Incluso lo sencillos boceles eran todos estrechos y las columnillas largas y esbeltas.

Hubiera dado la sensación de ser demasiado frágil salvo por el hecho de que la nervadura demostraba con toda claridad que el peso de la construcción lo soportaban los estribos y las columnas. Aquello era una demostración irrefutable de que un gran edificio no necesitaba muros gruesos con ventanas minúsculas y estribos macizos. A condición de que el peso se hallara distribuido con precisión exacta sobre un armazón capaz de soportar peso, el resto de la construcción podía ser un trabajo ligero en piedra, cristal o, incluso, un espacio vacío. Jack se sentía hechizado. Era casi como enamorarse. Euclides había sido una revelación, pero eso era algo más que una revelación, porque también era bello. Jack había tenido visiones de una iglesia como aquella y, en esos momentos, la estaba contemplando en la realidad, tocándola, en pie debajo de su bóveda que parecía alcanzar el cielo.

Dio vuelta al extremo oriental, el ábside, mirando el abovedado de la nave doble. Los nervios se arqueaban sobre su cabeza semejantes a las ramas en un bosque de árboles de piedra perfectos. Allí, al igual que en el nartex, el relleno entre los nervios del techo consistía en piedra cortada unida con argamasa en lugar de la utilización más fácil, aunque más pesada, de argamasa y mampuesto. El muro exterior de la nave tenía parejas de grandes ventanas con la parte superior en ojiva, acoplándose así a los arcos ojivales. Aquella arquitectura revolucionaria hallaba un complemento perfecto en los

ventanales de vidrieras de colores. Jack jamás había visto en Inglaterra cristales de color, si bien en Francia los encontró con frecuencia. Sin embargo, en las ventanas pequeñas de las iglesias al viejo estilo, no adquirirían toda su belleza. Allí, el efecto del sol matinal derramándose a través de ventanas con muchos y prodigiosos colores, era algo más que hermoso. Era como un encantamiento.

Como la iglesia era redondeada, las naves laterales se curvaban alrededor de ella para encontrarse en el extremo oriental, formando una galería circular o pasarela. Jack recorrió todo aquel semicírculo y luego, dando media vuelta, volvió al punto de partida todavía maravillado.

Y entonces vio a una mujer.

La reconoció. Ella sonrió. Jack sintió que se le paraba el corazón.

Aliena se protegió los ojos con la mano. La luz del sol que entraba por las ventanas del extremo oriental de la iglesia la cegaba. Semejante a una visión, avanzaba hacia ella una figura saliendo del centelleo de la luz del sol coloreada. Parecía como si su pelo estuviera ardiendo. Se acercó más. Era Jack.

Aliena creyó desmayarse.

Se acercó y se paró delante de ella. Estaba delgado, terriblemente delgado, pero en sus ojos brillaba una emoción intensa. Por un instante, se miraron en silencio. Cuando Jack habló al fin, su voz era ronca.

—¿Eres realmente tú?

—Sí —respondió Aliena apenas en un susurro—. Soy yo misma.

La tensión fue excesiva y rompió a llorar. Jack la rodeó con los brazos y la apretó con fuerza contra sí. Entre ellos estaba el niño que Aliena llevaba en brazos.

—Vamos, vamos —le dijo dándole unas palmaditas en la espalda como si fuera una chiquilla.

Se apoyó contra él, respirando su polvoriento olor familiar, escuchando su entrañable voz mientras la tranquilizaba y dejando que sus lágrimas cayeran sobre su huesudo hombro.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Jack mirándola a la cara.

—Buscándote —contestó Aliena.

—¿Buscándome? —repitió él incrédulo—. ¿Entonces...? ¿Y cómo me has encontrado?

Aliena se limpió sus ojos y sorbió.

—Te he seguido.

—¿De qué manera?

—Preguntaba a las gentes si te habían visto. Sobre todo a albañiles, pero también a algunos monjes y posaderos.

apartado 3

SEXTA PARTE (1170-1174)

CAPÍTULO DIECISIETE

1

Kingsbridge seguía creciendo. Hacía tiempo que había desbordado sus murallas primitivas, las cuales ya sólo protegían menos de la mitad de las casas. Habían transcurrido cinco años desde que la comunidad construyó nuevas murallas abarcando los suburbios que se habían ido formando extramuros. Y en esos momentos empezaban a formarse más suburbios fuera de las murallas nuevas. La pradera a la otra orilla del río, donde los ciudadanos habían celebrado tradicionalmente la fiesta de San Pedro Encadenado y la víspera de San Juan, se había convertido en una pequeña aldea llamada Newport.

Un frío domingo de Pascua el sheriff William Hamleigh cabalgó a través de Newport y cruzó el puente de piedra que conducía a lo que ahora se llamaba la ciudad vieja de Kingsbridge. Ese día iba a ser consagrada la nueva catedral recién terminada. Atravesó la imponente puerta de la ciudad y enfiló por la Calle Mayor que acababan de adoquinar. Las moradas a cada lado de la calle eran todas ellas casas de piedra con tiendas en la planta baja y viviendas encima. William se dijo con amargura que Kingsbridge era ya más grande, más bulliciosa, más rica de lo que jamás fue Shiring.

Al llegar al final de la calle, torció en dirección al recinto del priorato. Y allí, ante sus ojos, se alzaba el motivo del engrandecimiento de Kingsbridge y del declive de Shiring. La catedral.

Era deslumbradora.

Soportaban la altísima nave, una hilera de contrafuertes alados. El extremo oeste tenía tres grandes pórticos semejantes a puertas gigantes y sobre ellos hileras de altas y esbeltas ventanas ojivales flanqueadas por torres ahusadas. Los cruceros, terminados hacía dieciocho años, habían sido los precursores de la idea, pero esto era lo asombroso: jamás hubo en parte alguna de Inglaterra un edificio semejante.

El mercado seguía celebrándose allí los domingos y el césped que había delante de la puerta de la iglesia estaba abarrotado de puestos. William desmontó y dejó que Walter se ocupara de los caballos.

Atravesó cojeando el césped en dirección al templo. Tenía cincuenta y cuatro años, estaba abotagado y sufría un dolor constante en piernas y pies a causa de la gota. Por esa razón se mostraba siempre malhumorado.

En el interior la catedral resultaba aún más impresionante. La nave central se acomodaba al estilo de los cruceros, pero el maestro constructor había hecho más refinado su diseño al construir sus columnas todavía más esbeltas y las ventanas más grandes. Pero aún había una innovación más. William había oído hablar de las cristalerías de colores, obra de artesanos que Jack Jackson había llevado desde París. Se preguntaba a qué se debería todo aquel alboroto sobre ello, ya que se imaginaba que una ventana coloreada sería algo así como un tapiz o una pintura. En aquel momento comprendió a lo que se referían. La luz del exterior brillaba a través de los cristales de colores produciendo un resplandor y el efecto era en verdad mágico.

La iglesia estaba atestada de gentes que estiraban el cuello para poder ver las ventanas. Las imágenes representaban pasajes de la Biblia, el cielo y el infierno, santos, profetas, apóstoles y algunos ciudadanos de Kingsbridge que presumiblemente habían pagado los vitrales en que aparecían. Un panadero llevando una bandeja de hogazas, un curtidor y sus cueros, un albañil con sus compases y su nivel. *Apuesto a que Philip obtuvo un jugoso beneficio de esas ventanas*, se dijo William con acritud.

La iglesia estaba llena para el oficio pascual. El mercado se había extendido hasta el interior del edificio como siempre ocurría y mientras avanzaba por la nave a William le ofrecían cerveza fría, pan caliente de jengibre e incluso echar un polvo rápido junto al muro por tres peniques. El clero seguía intentando prohibir la entrada en las iglesias a los vendedores. Pero era tarea imposible. William intercambiaba saludos con los ciudadanos más importantes del Condado. Pese a todas aquellas distracciones sociales y comerciales, William sentía constantemente atraída su mirada hacia arriba, a las deslizantes líneas de la arcada. Sus pensamientos eran absorbidos por los arcos y las ventanas los pilares con sus fustes agrupados, los nervios y segmentos del techo abovedado; todos parecían dirigirse hacia el cielo como ineludible recordatorio de que para él estaba construido el edificio.

El suelo se hallaba pavimentado, los pilares habían sido pintados y todas las ventanas tenían vitrales. Kingsbridge y el priorato eran ricos y toda la catedral proclamaba su prosperidad. En las capillas pequeñas de los cruceros había candelabros de oro y cruces incrustadas de piedras preciosas. Los ciudadanos también exhibían sus riquezas con túnicas de vistosos colores, broches y hebillas de plata y sortijas de oro.

Su mirada tropezó con Aliena.

Como cada vez que la veía, se le paró por un instante el corazón.

